

Psicoanálisis con niños: tiempo y constitución del sujeto

M. Lucía Silveyra*

Resumen

El concepto de transferencia nos permite articular tiempo y constitución del sujeto, adecuar nuestras intervenciones a los tiempos del sujeto en constitución y precisar el lugar del analista en la cura con niños.

Descriptores

Transferencia, Sujeto, Tiempo, Intervenciones.

Introducción

“Más aun que nosotros, los niños tienen una vida superficial y una vida profunda. Su vida superficial es muy sencilla, se resuelve en algunas obligaciones, pero la vida profunda de cualquier niño es la difícil armonía de un mundo que está creándose. Debe introducir en este mundo, día tras día, todas las tristezas y todas las bellezas de la Tierra. En esto consiste el inmenso trabajo de la vida interior. ¿Qué pueden los maestros y su sabiduría en esta gestación espiritual, en este segundo nacimiento en el cual todo es misterio? Casi nada. El ser que está alcanzando la conciencia tiene como principal maestro al Azar” (Céline, 1937, pp. 38-39).

Mirada literaria de la infancia que nos lleva a otro ámbito, el del análisis con niños, y a preguntarnos cómo es formar parte en tanto analistas de un mundo que, como dice el escritor, está creándose.

* mluciasilveyra@gmail.com / [CV](#)

Según Freud, son tres las profesiones imposibles: educar, gobernar, psicoanalizar. Imposibles porque llevan a que la tarea no se complete nunca y, tal vez, eso haga que afortunadamente la clínica psicoanalítica siga proponiendo preguntas a partir de restos que puedan operar como causa de un nuevo saber.

En psicoanálisis no hay una cura tipo. El lugar de no-saber se renueva frente a cada caso; cada niño es un niño y cada analista un analista. Freud, en *Iniciación del tratamiento* escribe que "la extraordinaria diversidad de las constelaciones psíquicas intervinientes (incluida la personalidad del analista) se oponen a una mecanización de la técnica" (Freud, 1976a, p. 125). De hecho, las nuevas configuraciones familiares son, en ese sentido, desde hace unos años un desafío.

Transferencia y deseo

La transferencia, uno de los conceptos fundamentales del psicoanálisis, nos permite considerar en la clínica con niños ciertos momentos de la cura en los que el sujeto como tal se va constituyendo. Transferencia que, como brújula del trabajo analítico, nos da la posibilidad de articular dos coordenadas: el tiempo y el sujeto. Adecuar nuestras intervenciones a esos diferentes momentos, propios del inexorable transcurrir del tiempo, y desde allí operar.

Por otro lado, es en el aquí y ahora de la sesión donde se produce un movimiento, una torsión que nos hace saber que un niño, sujeto en el tiempo de la niñez – *Kinderzeit*, lo nombra Freud–, como tal sujetado, marcado por el Otro aun antes de haber nacido, puede empezar a conmovir, dentro de ciertos límites, las marcas que obstaculizan la constitución de la neurosis infantil. Marcas de goce vehiculizadas por *Lalengua*, modo particular de encuentro con la falta del Otro primordial, representado por la madre. Lograr cierto margen de libertad con respecto a esa sujeción primera para que su palabra se vaya haciendo escuchar, de allí nuestra responsabilidad a la hora de propiciar dichas condiciones.

El deseo con que los padres reciben al niño lo constituye en un objeto privilegiado. Se tratará, entonces, desde la posición de objeto que el niño tiene en la estructura, de avanzar en la constitución del sujeto en la transferencia, momento de primeras inscripciones en algunos casos, de reinscripciones en otros.

Para que esto sea posible, el niño debe contar con algunas garantías respecto de la autoridad, la seguridad y el amor que representa el Otro, condiciones que variarán de sujeto a sujeto, según las distintas caras del azar. Pero contar, fundamentalmente, con el deseo de ser deseado por el Otro. Conocemos las consecuencias de no haber

sido deseado, de no haber estado en el lugar de falta para el Otro. Y esta pregunta por la falta y el deseo se suele actualizar en la transferencia (Silveyra, 2007, p. 61).

Para lograrlo es condición que el analista deje libre el lugar de su propio deseo, lo que Lacan llamó "deseo del analista", dando lugar a que se despliegue ese Otro primordial e inolvidable para el paciente que estructuró como tal su deseo, en tanto el objeto de su deseo es ese deseo del Otro.

Ahora bien, podremos estar dispuestos a trabajar con el niño, con los padres, pero no siempre llegaremos a buen puerto. El influjo de los traumas, la intensidad pulsional, las alteraciones del yo son los obstáculos mayores como nos recuerda Freud al final de su obra. Habrá que prestar especial atención a los obstáculos y poder servirnos de ellos y evitar, entre otras cosas, no duplicar a los padres sino inscribir una diferencia aun cuando los padres sigan presentes.

Pensar a un sujeto que se está constituyendo no como un modelo a alcanzar ya que, como tal, no se completará nunca, reconocerlo como niño, sin infantilizarlo, nos permite responder a las distintas cuestiones que se van presentando en la cura: el alcance y los límites del análisis, la transferencia, el tiempo de comienzo y el final de análisis, las construcciones fantasmáticas. Se trata, en efecto, de la producción de la estructura en su relación temporal y causal, hecho que determinará la posición del analista desde el comienzo hasta el final de la cura.

Hay situaciones en que la transferencia, que adopta formas variadas e incluye a un tercero, puede no llegar a instalarse, lo que será un dato en la medida en que en algunos casos donde el rechazo por parte de los padres es muy fuerte se ve afectado el deseo y la constitución de un síntoma en transferencia. En un caso de abuso por parte de un hermano, cuestión no reconocida por el padre, se trató más bien de ofrecer al sujeto el apoyo de la transferencia para extender el espacio que el niño ha tratado de resguardar de la invasión familiar.

Para el niño, el analista encarna a un Otro con una consistencia especial. Los padres son al comienzo la única autoridad y la fuente de toda creencia, nos recuerda Freud, de allí que nos crean capaces hasta un determinado momento de adivinar sus pensamientos. "Cómo pudo el profesor adivinar esto", decía Juanito a su padre, de la intervención de Freud (1976d, pp. 36-37). Forma del *Sujeto Supuesto Saber* que responde a un tiempo en que la represión se está instalando a partir de la constitución del Ideal del yo. Transferencia de los padres, del niño, que hace que en algunos casos los padres nos supongan un saber sobre el síntoma que aqueja a su hijo y nos consulten.

Pero a menudo los padres no traen preguntas. Vienen porque el colegio, el médico los manda, y más que preguntas hay demandas, urgencias que hacen difícil la tarea. Obstáculos que suelen remitir a la fijeza de ciertos puntos de satisfacción pulsional, resistencias mayores, que pondrán a prueba nuestra capacidad para armar sobre la marcha nuestras intervenciones.

“Los padres esperan que se cure a su hijo que es neurótico e indócil: por hijo sano entienden ellos uno que no ocasione dificultades a sus padres y no les provoque sino contento. El médico puede lograr, sí, el restablecimiento del hijo, pero tras la curación él emprende su propio camino más decididamente y los padres quedan más insatisfechos que antes”, escribe Freud en el caso de la joven homosexual (Freud, 1980).

Si de padres y de niños se trata, el lugar que se les asigne a los padres en el tratamiento de un niño necesariamente derivará en cómo considerar el lugar de cada uno en la estructura. En este caso, estructura de lenguaje donde el Otro no es un tiempo previo al sujeto sino que lo preexiste como condición lógica. Y por otro lado el concepto de transferencia determina la manera de tratar a los pacientes –y, a la inversa, la manera de tratarlos rige el concepto, tal como señala Lacan en el *Seminario XI*–.

Primeros signos del Otro

A partir de un sujeto que se está constituyendo en un primer momento habrá sujeto para el Otro que lo auxilia y suple su indefensión. En el origen, se trata de la inmersión en el lenguaje de un ser vivo cuya supervivencia depende del Otro, que no diferencia aún interior ni exterior, cuyas primeras percepciones tienen lugar en el cuerpo. Para que esas primeras percepciones se inscriban es necesario que el Otro participe, que le haga signo de que hay allí algo interesante, satisfactorio, incluso vital para percibir: una presencia, una ausencia, una voz, un olor. Cuando el grito no es escuchado, no quiere decir nada para nadie, una posibilidad es el silencio. “No es a mí, es mecánico”, decía la mamá de un niño diagnosticado luego como autista, cuando su hijo en sus primeros balbuceos la llamaba.

Si partimos del desamparo inicial, de que ciertas mediaciones entre el sujeto y el Otro primordial (sujeto y Otro forman parte de una estructura, uno es condición del otro), entre el sujeto y el objeto que lo representa no están aún establecidas, el niño está más expuesto al Otro y a su deseo, lo que imprime su marca al análisis. Los niños, pese a la digitalización, siguen jugando: los juguetes son muy importantes en

el intercambio, los pequeños objetos se hacen necesarios para mantener una relación, una transferencia con el niño, sobre todo cuando son pequeños. "Se trataba de una nena que en una de las primeras sesiones toma, de los juguetes que le voy ofreciendo, un pequeño animalito y sin decir palabra lo guarda en el bolsillo de su campera" (Silveyra, 2007, p. 62).

Los padres están presentes y aportan información, pero ¿cómo hacer para que la anamnesis, la biografía, no sea un interrogatorio o una simple historia clínica y a su vez no obture nuestra escucha?

La anamnesis se hace con los datos que no se recuerdan, escribe Lacan, y agrega: *Lo que constituye la biografía infantil, su resorte, no es más que la forma en que se ha hecho presente el deseo del padre, el deseo de la madre, lo que en consecuencia nos lleva a explorar no sólo la historia sino el modo de presencia bajo el cual cada uno de estos tres términos –el goce, el Otro y el objeto a– le han sido ofrecidos al sujeto* (Lacan, 1969).

La neurosis infantil

La neurosis infantil será la solución que el sujeto encontrará para responder a los interrogantes que le plantean estos tres términos: goce, Otro, objeto a.

En principio, lo infantil no es la infancia. Con Freud y el descubrimiento de la sexualidad infantil se subvierte el lugar del niño y lo infantil como sexualidad, originario e irreductible, distinto de la infancia como etapa de la vida, pasa a ser el núcleo del sujeto y de la neurosis infantil. Noción que cuestiona no sólo un esquema basado en el desarrollo sino la propia sexualidad, que como el trauma y los síntomas necesitan dos tiempos para constituirse. A partir del *Proyecto* y del concepto de *nachträglich* la temporalidad no es cronológica o lineal, y el después incidiendo sobre el antes lo resignifica. Es eso lo que llamamos tiempo lógico, es el efecto a posteriori como un evento lógico derivado de otro anterior.

Esta conceptualización de la temporalidad lo lleva a Freud a distinguir entre neurosis de la infancia y neurosis infantil. Considera que la neurosis puede ya aparecer en el tiempo de la infancia, son las neurosis de la infancia, neurosis actuales, como un cuadro sin diferimiento temporal, perturbaciones de la evolución psicosexual que se manifiestan con efecto inmediato como síntomas, inhibiciones, angustias, consecuencia del encuentro con la sexualidad como un exceso que el aparato no puede tramitar. Son los fenómenos con que nos encontramos.

A posteriori, en el curso de un análisis, como en el caso del "Hombre de los lobos", se podrá llegar a construir la neurosis infantil, construcción que suple la ausencia de un real. El tiempo gramatical que caracterizaría la neurosis infantil, como visión retroactiva de la infancia, sería el futuro anterior: "Tú habrás sido ese niño". En el "Hombre de los lobos", historial al que Freud llama precisamente historia de una neurosis infantil, es el a posteriori –la construcción hecha en transferencia– el que posibilita la regresión a ciertos puntos de la sexualidad infantil que han permanecido inmutables.¹

La neurosis infantil, el resto construido en los años de latencia previos a la pubertad, es una apuesta sobre el futuro que será puesta a prueba como lo que quedará de la infancia y del análisis, el conjunto de condiciones que permitirán al sujeto afrontar, con lo que tiene de incalculable, la pubertad y la consiguiente emergencia de goce. Para constituir, desde allí, la neurosis del adulto.

El goce, el Otro, el objeto a

El primer término: el goce, en tanto que excluido del significante, irrumpe como satisfacción autoerótica bajo las distintas formas de la masturbación y necesariamente excede al sujeto. Pensemos en Hans, cuya angustia se desencadena en coincidencia con las erecciones espontáneas, pues ese goce excluido del significante no está correlacionado a un significante que lo simbolice. Será el trabajo del análisis de Hans articular ese goce al significante fálico con las vicisitudes de ese recorrido. En el carácter principal de la organización genital infantil, Freud halla su más importante diferencia con la organización genital definitiva del adulto. "Este carácter diferencial consiste en que el sujeto infantil no admite sino un solo órgano genital, el masculino, para ambos sexos. No existe, pues, una primacía genital, sino una primacía del falo" (Freud, 1976b, p. 146).

El segundo término: el Otro como lugar del inconsciente, del saber inconsciente. El saber compromete al goce, a la satisfacción pulsional en la medida en que falta de saber y falta de goce coinciden. Siempre falta algo, dice Freud, para la plena descarga y satisfacción. La pulsión, concepto límite entre lo psíquico y lo somático, tiene en la

¹ La neurosis de transferencia está en el origen de dos concepciones distintas del psicoanálisis con niños, la de Melanie Klein y la de Anna Freud. Posiciones del analista que inciden sobre la cura. Melanie Klein suponía una capacidad espontánea para establecer la transferencia; Anna Freud pensaba que era necesario informar o preparar al niño previamente a un tratamiento. Érik Porge, en su artículo "Le transfert à la cantonnade", aporta una conceptualización novedosa. Entiende que el analista restablece una transferencia en el punto donde los padres se han mostrado incapaces de sostenerla y se trata, en ese sentido, de una transferencia indirecta sobre el analista.

infancia carácter de ley. La infancia es el tiempo del cuerpo, de las teorías sexuales que anudan goce y saber y vienen a llenar ese vacío de saber que es la falta de relación sexual, otra forma de nombrar la castración. Estas teorías análogas a las soluciones tildadas de geniales que los adultos intentan para los problemas del universo forman parte de las respuestas que el niño irá construyendo al confrontarse con las diferencias: atribuir a todos los seres humanos un pene, imaginar que el niño es evacuado como un excremento por el ano, concebir sádicamente el coito.

Pero, como la investigación está destinada al fracaso, llevará al desacuerdo con los mayores y al conflicto psíquico pues las opiniones por las que el niño siente una predilección pulsional entrarán en oposición a las sustentadas por los adultos. Este debate del sujeto entre saber y goce constituye el complejo de castración y lleva al abandono de las teorías. Freud les da un lugar fundamental en la constitución de la neurosis y de los síntomas en la medida en que permanecen vigentes. Algunas serán olvidadas, otras reprimidas y fijadas en el inconsciente. Tiempo de la elección de neurosis a partir de la castración. Neurosis: represión y aceptación de la castración; perversión: desmentida; psicosis: forclusión.

Y más de una vez tenemos oportunidad de que esas teorías se desplieguen en la cura. Recibo en una consulta a un nene que retiene las heces. La mamá le ha dicho que ella no hace caca, manera de no saber sobre la castración, identificación con la madre que se hace síntoma. Tomado en el fantasma materno, este niño necesitó el tiempo del análisis para armar sus propias respuestas al enigma de la castración maternal. Y poder desprenderse de sus heces.

El tercer término: el objeto *a*, resto de la operación de división en que se constituye el sujeto al inscribirse en el Otro. El niño, en sus dos vertientes, como polo de atributos significantes y en tanto objeto viene a recubrir un lugar vacío. El objeto *a*, el ser del sujeto como objeto alojado en el deseo del Otro, es lo que el niño es en el deseo de su madre, de su padre. Dependencia del deseo del Otro con la que llegamos al mundo, lo que Freud llama, en *Introducción al narcisismo*, anaclítico.

La neurosis debe sobre ese fondo que es la falta de relación sexual elaborar una solución para el sujeto, anudando estos términos gracias a una única función, la función fálica o la castración.

Tiempo y castración

En Hans se ve muy claramente el anudamiento de estos tres términos –saber, goce y objeto *a*– en la entrada a la neurosis: el goce autoerótico, la teoría sexual de la madre fálica y el objeto *a*, lo que él es con todo su cuerpo para esta madre a la que considera dotada de pene y que al mismo tiempo le dice que su propio pene es un objeto sin valor.

Hay tiempos a tener en cuenta sin perder de vista un articulador central que es la castración en la madre. En un primer momento, se tratará para el niño de adjudicarle un pene a la madre, en otro momento el descubrimiento de la castración materna dará lugar a la angustia, a síntomas e inhibiciones. Desde la premisa universal o premisa fálica a la caída de esa premisa en confrontación con la falta será un largo recorrido que no siempre se agota en un análisis; no me refiero sólo a los niños.

Y la castración, más precisamente la castración en la madre, tal como la nombra Freud en *Inhibición*, es el articulador central de la neurosis y el síntoma donde lo determinante con respecto al Otro es la castración entendida como incompletud lógica vinculada a un orden simbólico que afecta al sujeto.

Desde allí operamos atentos a los distintos momentos de ese recorrido y a las etapas de la constitución psicosexual. “Por eso la descripción de los estadios formadores de la libido no debe ser referida a una pseudomaduración natural, siempre opaca. Los estadios se organizan en torno a la angustia de castración. Y la angustia de castración es como un hilo que perfora todas las etapas del desarrollo y orienta las relaciones que son anteriores a su aparición propiamente dicha: destete, disciplina anal, etc. Cristaliza cada uno de esos momentos en una dialéctica que tiene como centro un mal encuentro, y es precisamente en función de ese mal encuentro que los estadios son consistentes, precisamente en función de su posible registro en términos de malos encuentros. El mal encuentro central está a nivel de lo sexual. Lo cual no quiere decir que los estadios tomen un tinte sexual que se difunde a partir de la angustia de castración. Al contrario, se habla de trauma y de escena primaria porque esta empatía no se produce”, leemos en el *Seminario XI*, como respuesta de Lacan a una pregunta de Françoise Dolto.

De acuerdo a los momentos de este recorrido, serán las preguntas y las respuestas que el niño se irá formulando y que tendremos la posibilidad de escuchar. No es lo mismo un niño en el que todavía no ha terminado de instalarse la represión, que otro para el que la barra consciente/inconsciente ya está constituida. Destinos de la pulsión anteriores a la represión, la transformación en lo contrario y la vuelta hacia

la propia persona tienen en ese momento a su cargo la defensa contra los impulsos pulsionales. Momento donde el lenguaje todavía no ha adquirido la riqueza propia de su articulación. Niños donde no sólo la edad orienta nuestras intervenciones sino también casos graves, con conductas que se repiten, estereotipadas, en los que el juego, la ficción, el como si, puede tardar en instalarse y entonces prevalece el silencio pulsional. Puede que no haya síntoma, sólo angustia y la insistencia de un circuito en el que sólo se recorta la gramática pulsional. Un cuerpo que se mea, se caga, una pulsión sin ligar.

Para Freud, antes del Edipo no habría represión. La disposición perverso polimorfa de la sexualidad infantil constituye una prehistoria que se estructurará, a partir del Edipo, en torno a la primacía del falo. En la asunción del complejo de castración en el varón y de la *Penis neid* en la niña, a través del Edipo se traza el límite más seguro entre el niño y el adulto, desde los reordenamientos estructurales del periodo de latencia y de la pubertad. Esto no impide pensar en una incorporación más precoz de la estructura a partir de la *Bejahung* primordial. Y aún en el *Proyecto* donde la experiencia de satisfacción en relación con el apremio de la vida introduce el llamado al Otro y el circuito de la demanda, la puesta en palabras de la necesidad. Para Lacan, la incorporación de la estructura es más precoz; el Otro de lenguaje preexiste al sujeto. Freud formuló su diacronía en el Edipo, Lacan articuló su sincronía en la metáfora paterna, con lo que se aleja de toda psicogénesis.

Freud destaca la estrecha relación entre las impresiones traumáticas y el período en que se inicia la capacidad de lenguaje. Ya había alertado sobre la dificultad que implica que al niño haya que prestarle muchas palabras y muchos pensamientos a pesar de lo cual, sostenía, no lograremos quizá que la conciencia penetre hasta los estratos psíquicos más profundos. "Lo consciente, escribe, no ha adquirido aún en el niño todos sus caracteres, todavía se halla en pleno desarrollo y no posee la capacidad de trasponerse en representaciones lingüísticas" (Freud, 1976c, pp. 95-96).

Así, lo original todavía podía centellear a través de su discurso, se hacía evidente con sorprendente franqueza y crudeza, dice Ferenczi de Arpad, el pequeño "Hombre gallo" (Silveyra y otros, 2007).

Pese a las dificultades, Freud insiste en la importancia de trabajar en los análisis tempranos, con un yo inacabado y endeble y con los factores que plasman la neurosis.

Cuerpo y transferencia

Tiempo del autoerotismo, de la tensión agresiva, de la sexualidad perverso polimorfa, donde el cuerpo tiene una pregnancia. ¿Cómo incide en la transferencia?

Del analista se exige prestar el cuerpo, un prestar como estrategia de la cura y por lo tanto articulado a la instauración de la transferencia, un prestar como forma de instituir un semblante que implica un límite, una barrera al goce de forma que tanto la tensión agresiva como la excitación erótica sean acotadas. Es un artificio que delimita el goce y abre a la construcción de una superficie psíquica a partir de la cual el analista puede operar. La función de semblante implica que el analista no juega, el niño juega y el analista sostiene el juego, él no es el *partenaire* del juego en la medida en que no está implicado en su subjetividad. Prestar el cuerpo y al mismo tiempo estar afuera posibilitando la construcción de un espacio de trabajo para operar.

Winnicott, preocupado por el surgimiento del espacio transicional como espacio analítico, entreveía el riesgo a la hora de interpretar, de que no sea un enchapado o una intrusión sobre el sujeto. El momento importante, escribe, es aquel en que el niño se sorprende a sí mismo. "Lo importante no es el momento de mi inteligente interpretación. La interpretación fuera de la madurez del material es adoctrinamiento y produce acatamiento" (Winnicott, 1991, p. 75).

Si bien el inconsciente es atemporal, el transcurrir del tiempo, el tiempo cronológico interesa no como modelo de maduración psicológica preestablecido y para alcanzar la normalización sino como un tiempo a tener en cuenta para orientar las intervenciones. Tomemos el estadio del espejo, donde lo esencial es el desencuentro, la no coincidencia entre la imagen y la prematuración a partir de la falla temporal ya inscrita en el acto del nacimiento.

No es lo mismo que el pasaje por el estadio del espejo –donde se cristalizan las identificaciones yoicas del sujeto– no haya dejado su marca organizadora si el niño tiene cuatro o diez años. Y nos interesa como momento genético, junto con el *Fort-da*, para considerar la incorporación de la estructura. En el niño que, según comenté, fuera diagnosticado de autista, no se había constituido la alternancia presencia- ausencia, lo que teniendo en cuenta su edad era un dato a considerar para el diagnóstico. Si yo ocultaba el autito que él me arrojaba, no se interesaba por saber dónde estaba; para él, desaparecía. La intervención de Melanie Klein con Dick, que resultara fundante y propiciatoria, tiene lugar en una etapa muy temprana; es de

suponer que los efectos no hubieran sido los mismos en otro momento de su evolución.

Decíamos que el niño, si hay condiciones que lo posibiliten, irá construyendo su neurosis infantil, y como analistas podemos ser actores de esa construcción. Ni como amo ni educador, y tampoco la cura por el amor, que llevaría a una supuesta completud. El analista de niños puede serlo todo menos una sombra, decía Anna Freud. Formulación complicada en lo que hace a los deslizamientos a los que esta posición puede conducir, pero que tiene algo de verdad en la medida en que no somos una sombra que deja que el niño haga espontáneamente su neurosis. Confiamos en que nuestra presencia, nuestra intervención, lleve en el mejor de los casos a destrabar lo que se ha detenido, dado que la estructura aún no está sellada, y a producir una inscripción que funcione como interdicción, como ley, y haga diferencia con los padres.

De allí la importancia del análisis personal para no extraviarnos en la multiplicidad de caminos que se nos ofrecen. Como trasfondo de las puntualizaciones sobre la así llamada técnica, Freud nunca dejó de insistir en que su apropiado manejo únicamente se podía adquirir a partir de la experiencia clínica –y no sólo de los libros–. La experiencia clínica con los pacientes, pero ante todo la que el analista obtiene de su propio análisis, apuesta primordial de todo analista en ejercicio. En 1937, declara que todo analista debería retomar su propio análisis periódicamente, quizá cada cinco años.

Transferencia, tiempo y manejo

Leemos en "Posición del inconsciente" que la transferencia es una relación ligada al tiempo y su manejo (Lacan, 1975, p. 380). La cura es obra de la palabra y así lo entendió Freud cuando pensó el dispositivo analítico que nos permite circunscribir al inconsciente atemporal y ópticamente evasivo en una estructura temporal. Abordar ese tiempo pulsional, primario, y esas primeras marcas de goce produciendo una pérdida y una recuperación. Lacan entiende que "el destete implica que el niño cede el pecho como una parte de sí mismo" (pérdida) y encuentra en ese objeto su soporte (recuperación) (Lacan, 1963). Los analistas formamos parte de ese tiempo. Producción del inconsciente en el tiempo, en la actualidad de la transferencia en la que el sujeto se produce como efecto de la cadena significativa, en los cortes, en las escansiones. La transferencia nos permite moldear ese tiempo en una estructura temporal que contornea lo pulsional.

Transferencia entendida como deseo de falta, deseo de ser deseado por Otro desde la cual podemos interrogar el lugar del niño respecto al Otro parental. "El primer objeto que el niño propone al deseo parental, cuyo objeto no conoce, es su propia pérdida" (Silveyra, 2007, p. 65).

Hacer existir al inconsciente bajo ciertas condiciones que responden a la transferencia, a partir de la solidaridad entre inconsciente y transferencia y desde allí morder el real pulsional que queda fuera de la representación. Actualidad del inconsciente, donde al leer se escribe.

El psicoanálisis como operación de discurso reproduce una producción de la neurosis. Esta neurosis que se atribuye, no sin razón, a la acción de los padres, no es alcanzable sino en la medida en que dicha acción se articula de la posición del analista. De allí que Lacan dé cuenta de la acción de los padres por la del psicoanalista y no la de éste como sombra de aquellos.

Es así que un niño con miedos intensos al que no le permitían entrar al consultorio escribe en otro momento del análisis, que coincide con el aprendizaje de la escritura, "me comí a Lucía". Equivocidad del lenguaje, oscilación entre comer y ser comido que permite empezar a armar, con menos angustia, una historia, una fantasía y resignificar los miedos del comienzo.

Ferenczi cuenta que en la primera entrevista que tuvo con Arpad, un caso de totemismo positivo según Freud, inmediatamente luego de entrar en la habitación al niño le llamó la atención un pequeño bronce de un gallo de montaña, lo tomó y le preguntó: "¿Me lo vas a dar?". "Le di un lápiz y un papel, y dibujó un gallo" (Ferenczi, en Silveyra, 2007, p. 154). Formas que tienen los niños, transferencia mediante, de decir allí donde alguien está dispuesto a escuchar.

Transferencia y fantasma

El niño ocupa por estructura un lugar de objeto en el fantasma del Otro, juguete erótico de la madre, decía Freud. El amor, la ternura pueden estar presentes pero no es la meta del análisis. La meta es que el niño obtenga un margen de libertad respecto al Otro absoluto, y ése no es el camino. Lacan, sin descartarla, nos recuerda que la posición amorosa es el fundamento de la posición educativa, propio de la *paideia* griega. Es necesario que el niño se desprenda de la identificación a ese objeto para que encuentre lo que causa su deseo y no quede obturando la falta del Otro.

Articular esto en transferencia, que el analista se pregunte en qué lugar está situado él como analista y en qué lugar está el sujeto en relación al Otro. En el caso

citado en "Un final de análisis" (Silveyra, 2007, p. 65), la pregunta: ¿Si te digo que me tiro por la ventana vos me creés?

En el análisis de un niño, el tiempo de la construcción fantasmática tiene un lugar especialmente importante. Es una forma de incidir sobre la estructura, pero ¿cómo se construye ese fantasma y a partir de qué elementos?

Se construye a partir del campo del Otro, en transferencia. El fantasma no es algo que el niño trae de entrada, el fantasma es en un principio el fantasma del Otro y es allí donde el niño se inscribe. La construcción fantasmática en el análisis apunta a una separación en relación a este lugar que ocupa en el fantasma del Otro como forma de no quedar taponando una falta imposible de llenar.

Dejar de ser el juguete erótico, pasaje del lugar de objeto condensador de goce que fue llamado a ocupar en el fantasma del Otro a su propio fantasma. En el caso de la nena a cuyo artículo he remitido y cuyo síntoma era la constipación, al finalizar su análisis se despide diciéndome "Sos una caca". Agregó: "Una caca que se puede perder".

El encuentro con el analista remite a los padres, a la pregunta por el deseo que modeló al niño en tanto sujeto. En el curso del análisis tendrán que enfrentarse, no sin costo, con la posibilidad de que el niño ya no cubra como objeto la falta del Otro. Algunas de las dificultades que pueden llevar a una interrupción.

Tiempo de la experiencia, tiempo de la formalización y el de encontrar, vehiculizada por el deseo del analista, una vía de transmitirla. "Cada cual tendrá libertad de demostrar lo que hace con el saber que la experiencia decanta" (Lacan, 1980).

Bibliografía

- Céline, L.-F. (1937). *La vida y la obra de Felipe Ignacio Semmelweis*. Buenos Aires: Sur.
- Coriat, E. (1994). *Cuadernos Sigmund Freud, 17, Niños en psicoanálisis*. Buenos Aires: EFBA.
- Freud, S. (1976a). Iniciación del tratamiento. En *Obras completas, XII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976b). La organización genital infantil. En *Obras completas, XIX*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976c). De la historia de una neurosis infantil. En *Obras completas, XVII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1976d). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En *Obras completas, X*. Buenos Aires: Amorrortu.
- (1980). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En *Obras completas, XVIII*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Lacan, J. (1975). Posición del inconsciente. En *Escritos II*. Buenos Aires: Paidós.
- (1969). *El Seminario, libro XVI, De un otro al Otro*, lección del 21 de mayo.
- (1963). *El Seminario, libro X, La angustia*, lección del 26 de junio.
- (1980). Decolaje o despegue de la Escuela. En *El Seminario, libro XXVII, Disolución*, 11 de marzo.
- Morel, G. (1989). *Sur le concept de névrose infantile*. Cereda.
- Silveyra, M. L. (2007). Un final de análisis. En *Psicoanálisis con niños, hoy [1]*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Silveyra, M. L. y otros. (2007). *Psicoanálisis con niños, hoy [1] y [2]*. Buenos Aires: Imago Mundi (ver: <http://juancarloscosentino.com.ar/>).
- Vecino Vidal, M. C. (2007). Una superficie para el análisis. En *Psicoanálisis con niños [2]*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Winnicott, D. (1991). *Realidad y juego*. Buenos Aires: Gedisa.